

AGENDA CIUDADANA

LOS PROBLEMAS DEL FUTURO INMEDIATO

Lorenzo Meyer

Cuestión de Grados.- Juan Jacobo Rousseau en **El contrato social**, afirmó: “si tomamos el término en su sentido estricto, resulta que nunca ha habido una verdadera democracia y nunca la habrá”. Lo dicho hace 242 años por el filósofo ginebrino sigue siendo un buen punto de partida para pensar a nuestra democracia en su carácter dual: como aspiración y como realidad. En tanto que aspiración de “un gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo”, la democracia es sólo un modelo ideal, es decir, sin contrapartida en ningún sistema político del presente o del pasado, pero que sirve de medida para juzgar a la “democracia real”, a la que efectivamente existe y que aquí, como en cualquier otro país, muestra imperfecciones. Ahora bien, esa imperfección tiene grados, y resulta que en el caso mexicano, amenaza con alcanzar un grado tal, que si no hacemos algo para mejorar su calidad en el futuro cercano, corremos el riesgo de que en una circunstancia crítica, el empeño democrático no aguante la presión y se venga por tierra.

Hasta finales del siglo XX, todos los cambios de régimen político experimentados en México, fueron transformaciones por la vía catastrófica, donde la violencia y la destrucción resultaron ser el duro requisito para proceder a las etapas constructivas. En contraste, el cambio de régimen que tuvo lugar en el año 2000, resultó ser relativamente pacífico y constructivo. Sería lamentable –en realidad, imperdonable--, que por deficiencias en la conducción política, un proceso incubado durante largo tiempo y con gran esfuerzo, se descarrilara y quedara como uno más en la trágica lista de proyectos frustrados.

El Problema Inmediato: la Pobreza y el Entorno Económico. No se descubre nada nuevo al señalar que es un mal punto de partida el que una sociedad pobre como la

mexicana, tenga llevar a cabo un cambio de régimen tan delicado como es el paso del autoritarismo secular a la democracia, teniendo como trasfondo una depresión económica. En realidad una de las razones del creciente desencanto mexicano con la nueva democracia es que ésta se ha iniciado incumpliendo una de sus promesas: acelerar el crecimiento económico como medio para combatir el mal endémico de la pobreza. Y ese incumplimiento ha revivido una frustración que ya lleva con nosotros 22 largos años.

El autoritarismo mexicano perdió en las urnas del año 2000 como resultado de su bancarrota moral, pero también por su fracaso para cumplir con su promesa de detonar un período de progreso material. En efecto, a fines de los setenta del siglo pasado José López Portillo se comprometió a llevar a México a la etapa de “administrar la abundancia” pero su empeño desembocó en una catástrofe mayúscula. Más tarde, Carlos Salinas aseguró que el Tratado de Libre Comercio de la América del Norte y el conjunto de políticas neoliberales culminarían con el ingreso de México al exclusivo grupo de los países desarrollados, pero el esfuerzo volvió a concluir en otro sonado fracaso. En el año 2000, el candidato opositor Vicente Fox decidió ligar directamente la opción democrática que él encabezaba, a la promesa de un crecimiento del PIB del 7% anual.

Desde la perspectiva planteada por Fox, cuando la sociedad mexicana se animase a apostar por la democracia y se sacudiese el enorme peso muerto que representaban 71 años de monopolio político y corrupción institucional, se facilitarían el crecimiento económico y el verdadero combate a la pobreza. Alentado en parte por esa perspectiva tan atractiva como simplista, una minoría sustantiva del electorado —el 42.5%— logró finalmente arrancar al PRI el control de la institución política más poderosa del país: la presidencia. Sin embargo, el resultado económico fue opuesto al prometido. De esta desafortunada manera, el estancamiento del PIB marcó el inicio de la época democrática.

Es claro que en sí misma, la democracia no puede ni tiene porqué asegurar el éxito del crecimiento material de una sociedad. Sin embargo, resulta que en el caso mexicano, el liderazgo político encarnado por Vicente Fox se arriesgó a ligar abierta y claramente el cambio de régimen con un renacimiento económico y perdió la apuesta por razones fuera de su control. Sin embargo, es un hecho que la frustración resultante afectó negativamente la percepción pública de las bondades del proyecto democrático. En efecto, las cifras publicadas en el 2004 por Latinobarómetro nos informan que si bien el 67% de los mexicanos aceptan a la economía de mercado como el mejor camino al desarrollo, el 78% están insatisfechos con la forma en que esa economía está funcionando y una abrumadora mayoría --¡el 84% de los encuestados!-- considera que hoy el país “va por mal camino”. En el subcontinente latinoamericano sólo en Perú y Ecuador hay un pesimismo mayor.

El Contraste entre Mayor Igualdad Ciudadana y Menor Igualdad Social.- Pasemos ahora a otro punto, distinto del anterior pero muy relacionado. La democracia política implica un aumento sustantivo de la igualdad en esa arena. Para funcionar bien, esa igualdad política no requiere obligadamente de una igualdad equivalente en el ámbito social. Sin embargo, una combinación de igualdad política en ascenso, como la que México experimenta en la actualidad, con desigualdad social muy acusada, se puede convertir en una contradicción que afecte el buen funcionamiento del régimen.

No es posible saber de antemano cuanta tensión soporta la contradicción entre el sistema político y el social en el México contemporáneo, pero la experiencia histórica propia y ajena, sugiere que un liderazgo político inteligente no debe arriesgarse a averiguarlo y sí, en cambio, debe de poner gran empeño en revertir la tendencia a mantener o aumentar la desigualdad social. Si como lo señalan las encuestas de ingreso y gasto del INEGI, en el año 2002 el 10% de las familias mexicanas colocadas en el estrato superior recibieron el 35.6%

del ingreso disponible cuando el 10% de las familias menos afortunadas tuvieron que sobrevivir con tan sólo el 1.6%, entonces es claro que la gran tarea para consolidar el recién adquirido carácter de México como sociedad democrática, es, entre otras cosas, una reforma fiscal verdadera, que redistribuya lo que el mercado concentra y ponga el proceso social en armonía con el político. La reforma fiscal como instrumento contra la polarización de las clases es una tarea que el propio régimen autoritario identificó a mediados del siglo pasado como importante, pero que, por presiones de los sectores beneficiados por la desigualdad, pospuso una y otra vez hasta que llegó a su fin.

El liderazgo del actual régimen democrático no desperdicia oportunidad para señalar su compromiso de luchar contra la pobreza, especialmente la extrema que afecta al 20% de la población –de eso se trata en el programa “Oportunidades”--, pero simplemente no dice nada sobre su disposición a lanzarse a una lucha contra la notoria desigualdad social, única vía para remodelar a la sociedad mexicana en un sentido compatible con el proyecto de largo plazo de la democracia política. En 1906, en vísperas del estallido de la Revolución Mexicana, Andrés Molina Enríquez señaló que la sociedad mexicana tenía un cuerpo deforme, horrible. Casi un siglo más tarde, la deformidad es un tanto diferente pero no ha desaparecido, es más, a partir de la crisis económica de 1982 se ha acentuado. Atacar y deshacer esa contrahechura debería ser una de las tareas más importantes, sino es que la fundamental, de los demócratas y la democracia en el México del siglo XXI, pero hasta el momento ese no pareciera ser el caso.

Los Dirigentes.- Históricamente, no hay nada más complicado en los procesos políticos que conducir la llamada “nave del Estado” durante los tiempos de cambio de régimen. Es justamente en coyunturas como la actual, donde se pone a prueba la calidad de la clase política. Es aún muy pronto para poder calificar a los responsables de la vida

pública mexicana pero, por lo visto hasta ahora, no ha estado a la altura de las exigencias ni da señales de poder estarlo pronto.

La llamada clase política mexicana —el presidente y su equipo de gobierno, los gobernadores, las dirigencias de los partidos, los miembros del congreso y del poder judicial, etcétera— pareciera estar empeñada en consumir el grueso de su energía en sus luchas internas, especialmente las que llevan a cabo de cara a las elecciones del 2006, y por tanto está dejando a las inercias e incluso al azar, la dirección y administración de los grandes asuntos nacionales. Así, por ejemplo, el conflicto entre el presidente y el jefe de gobierno de la capital de cara al 2006 pareciera ser el principal objeto de interés de los responsables de los tres poderes federales y de la plana mayor del gobierno de la Ciudad de México mientras languidecen las propuestas de reforma de las instituciones del Estado o las reformas fiscal, laboral o energética, y mientras las dificultades de la vida en común —desempleo, inseguridad— se quedan en el trasfondo.

El México actual sigue manteniendo el carácter presidencial de su régimen, pero el presidente ya dejó de tener posibilidades de influir decisivamente en la dirección de las grandes variables que hoy dan forma —o deforman— a nuestra vida política, económica, social o cultural. El carácter de gobierno dividido con que iniciamos nuestra etapa democrática se mantiene y ha fragmentado mucho y muy rápidamente el poder. Una parte importante de la capacidad de decidir y poner en práctica esas decisiones ha pasado a manos de los partidos —para ser exactos, a las de las respectivas oligarquías que dominan esos institutos— y otra simplemente se ha salido del círculo de los políticos y ha ido a parar a centros de poder privados: grandes conglomerados económicos, medios de difusión, iglesias, corporaciones e, inclusive, el crimen organizado.

Las elecciones federales del 2003 muestran a una sociedad alejada de las urnas, y que tiene una opinión muy pobre de su clase política. De nuevo Latinobarómetro encontró que nuestro país ocupa el primer lugar en cuanto a percepciones negativas sobre la falta de honradez de la policía (65%), falta de honradez de los jueces (58%) y falta de honradez de las burocracias (56%). En tales condiciones no puede sorprender que a la afirmación “El país está gobernado por unos cuantos intereses poderosos en su propio beneficio”, el 75% de la muestra haya respondido afirmativamente.

Para Concluir.- Pese a todo lo expresado, la democracia es el sistema político que las 4/5 de los mexicanos --79%, para ser exactos-- dicen considerar como el mejor de entre los existentes. Sin embargo, de ninguna manera podemos dar por sentado que la democracia, sin ninguna tradición entre nosotros, tiene asegurada su supervivencia. Para arraigar esa forma de vida política, para consolidarla en la conciencia mexicana, es necesario llevar adelante reformas políticas y económicas significativas, pero más importante aún, es la urgencia de revivir la confianza pública en un proyecto nacional que permita a la mayoría pensar el futuro como una tarea, a la vez, colectiva y factible. Pero para ello es indispensable disponer de una clase política a la altura de las circunstancias.

México sigue teniendo la oportunidad histórica de modificar de manera sustantiva la naturaleza de la conducción de los asuntos públicos, pero los errores de conducción pueden dar al traste con esa oportunidad. El juicio que se pase en el futuro sobre la manera en que se aprovechó o se desperdició esta coyuntura, depende, en lo inmediato, menos de la sociedad en su conjunto y más de su grupo dirigente. Como al inicio de la República Restaurada en el siglo XIX o cuando la Revolución Mexicana se impuso a sus adversarios a inicios del XX, en este principio de régimen y de siglo, lo decisivo es la calidad del factor humano, la dirección de las instituciones públicas y de la sociedad civil. Pero ¿cómo

conseguir que se eleve la mira de las dirigencias, que su lucha se aleje de la mezquindad y que el grueso de su energía y preocupación se dirija a resolver los asuntos centrales de la nación? Desafortunadamente nadie ha descubierto aún la fórmula para lograr que todo un conjunto de líderes en competencia tome conciencia de la magnitud de su responsabilidad y se decida a ponerse a la altura del reto.